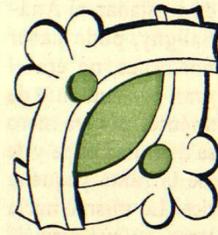




## LA DISIDENCIA LIBERAL



Á FALTA de mejores datos, podrá establecerse así la gestación del pensamiento napoleónico : primero hizo su obra de irreparables imprudencias la emperatriz, fascinada por la figura de retrato antiguo de Gutiérrez de Estrada, y un poco seducida por insinuaciones pérfidas del príncipe de Metternich; después, el negocio pasaría del boudoir de Eugenia al gabinete secreto en donde Napoleón conspiraba como impenitente carbonario contra su mujer y contra sus ministros, tomando consistencia

el propósito de pagar, con ASIGNADOS de un trono transatlántico, el Véneto codiciado para su protegido el rey de Italia; y por último, ya en pleno vacío de ideología política, el espectro de Venecia tomó el segundo plano, y se destacó la antigua quimera del dique opuesto á la supremacía sajona en América, nacida de las lucubraciones de la prisión de Ham.

¿A qué hora intervino el futuro duque con sus maniobras de sirena irresistible? «Mi único mérito, decía Dubois de Saligny, es el de haber adivinado al emperador». Pero dada la connivencia entre el amable mundano que intrigaba en París y el ministro de Francia en Méjico, no tenía éste que adivinar lo que su cómplice podía saber sin preguntarlo. El conde de Morny conocía la fuerza de mongolfiera con que se desprendía de las contingencias vulgares una idea napoleónica en su madurez, y se dispuso tranquilamente á esperar la millonada que le enviase Saligny. El papel del ministro de Francia en Méjico, de acuerdo con el pacto de expoliación, consistía en demostrar perentoriamente el hecho

que debía servir de dato para la intervención monarquizadora; tenía que afirmar como incuestionable la impotencia radical del Gobierno de Juárez. La sencillez de la psicología del bribón atrabiliario que representaba á Francia, nos permite no excluir el elemento de ilusión en los informes que debían producirle un venturoso *port-de-vin*. Saligny creía ser fiel á su soberano, sin dejar por eso de ser el tipo del perfecto prevaricador. Y vaya esta inexcusable verdad para los escritores franceses que aun se obstinan en dar toques caballerescos á Saligny. Pero también ha de aprovechar á los que en Méjico creen de una pieza la obra malévola del ministro francés, haciéndole con esto el inmerecido elogio de una inteligencia clara y penetrante. No; Napoleón no fué engañado: ni le engañaron los mejicanos escépticos, ni le engañaron sus agentes. Todos veían en la expedición lo que el emperador quería encontrar como elementos teóricos de su decisión. Fué una conjuración funesta de todos los errores, y, esto no obstante, la falta política de Napoleón es imperdonable. Casi todos los fracasos del segundo imperio fueron debidos á error de juicio y á falsos métodos de razonamiento: en la campaña de Méjico hubo un enorme sofisma de observación. No habiendo necesidad histórica para Napoleón en su venida á Méjico, como la había en la ocupación de Roma, por ejemplo, allá no le bastaba saberlo todo para evitar un desacierto, mientras que aquí la exactitud de un dato inicial le habría librado de dar el primer paso y gastar el primer franco. Dió ese primer paso en el vacío y arrojó al mar ese primer franco. Su deber le imponía elevar á Méjico á la categoría de país de embajada, como se dice entre diplomáticos, antes de trasladar al Anáhuac el centro de equilibrio del mundo. Sin sospechar de Saligny, pudo haber comprendido que un diplomático para *REPUBLIQUILLAS TROPICALES*, no era el agente adecuado que pretendía ejercer la hegemonía en dos continentes. No era mero asunto de categorías. Hasta entonces, la diplomacia francesa de Luis Felipe y de Luis Napoleón se había dividido en dos ramas, destinándose la rama pequeña y podrida para las pequeñas y podridas repúblicas de América. Lo mismo hacía España, lo mismo hacían todas las naciones, menos Inglaterra. «¡Qué serie de cuadros para una curiosa galería! Deffaudis, Sorela, Gabriac, Pacheco, Saligny, Wagner.» Y al señor Iglesias se le olvidaban algunos nombres no menos representativos, como el de Antoine y Zayas. Esta colección de galería criminal no se había formado sólo por efecto de elecciones desacertadas: venía de una necesidad funcional que creaba su órgano. El Gobierno de Méjico llevaba cuarenta años de ser explotado por el agio. Siempre pagaba y siempre debía, como los pródigos. Llevaba, además, un cuarto de siglo de ser explotado como empresa aseguradora de bienes y vidas de extranjeros. El europeo que no quería trabajar, encontraba medio de hacer fortuna declarándose arruinado por los disturbios políticos del país, mediante la cooperación de algún ministro diplomático que ponía las escuadras y la megalomanía de su Gobierno al servicio de la reclamación fraudulenta, previo pacto que le aseguraba una participación en el lucro obtenido. Así, por efecto de una constante prestación de servicios de ese orden, la subdiplomacia europea había tomado en Méjico un pliegue de delincuencia profesional.

Lo que hubiera sido la expedición con un Pacheco ó un Antoine y Zayas en la representación española, es bastante para imaginar lo que no hubiera sido con un La Tour d'Auvergne, un La Vallete, un Benedetti, ó siquiera un Flahaut, en vez de Saligny por parte de Francia. Cualquiera hombre acostumbrado á contemplar las cosas en grande, como el representante de España, habría visto lo que éste vió desde el primer día. Y ante todo, que bajo los planes ocultos y que podían ser grandiosos, aunque quiméricos, fermentaba la putrefacción de las falsificaciones diplomáticas. De la tercera convención hecha con Francia el 30 de Junio de 1853, se debía algo menos de 200,000 pesos. Si á esto se suma una cantidad aproximada de dos millones y medio por diversas reclamaciones, en que estaban incluidos los reintegros de una conducta ocupada por Márquez y del desembolso efectivo de Jecker con sus intereses, llegamos á algo menos de tres millones, que era el máximo á que podían subir las reclamaciones francesas, decorosamente sostenibles ante una comisión mixta de liquidaciones. España reclamaba nueve millones y medio; Inglaterra, setenta. Los representantes de Francia comenzaron por exhibir una reclamación de doce millones, en la que no se incluían ni el crédito Jecker, ni la parte insoluta de la convención de 1853: doce millones sólo por daños infligidos á súbditos franceses hasta el 31 de Julio de 1861. Los comisionados ingleses y españoles se quedaron perplejos. ¿No sería un error? M. de Saligny, que contaba por francos, había querido decir acaso, seis y no sesenta millones. M. de Saligny les dijo que no se equivocaba. Sesenta millones de francos; doce millones de pesos. La unidad monetaria no hacía al caso. ¿Pruebas? No las tenía á mano. Facultado por su Gobierno para fijar el monto de las reclamaciones francesas, ponía arbitrariamente la suma de sesenta millones: quizá serían cincuenta y ocho, quizá sesenta y dos, decía impudicamente. Por otra parte, agregaba, subiendo el tono de su voz ya descompuesta por la ira habitual, él no toleraba extrañas inspecciones en sus papeles. Los otros comisarios se dieron por satisfechos y, encogiéndose de hombros, acordaron que cada nación enviase por separado el *ULTIMATUM* que quisiera sostener: Inglaterra y España sólo trataban de evitar solidaridades bochornosas. Aunque la reclamación de los doce millones podía pasar en rigor como un medio de romper hostilidades, siendo inadmisibles para cualquier Gobierno mejicano que no quisiese deshonorarse y caer, era el principio de la vindicación de Méjico. Si se le exigía lo imposible, fundándose en el absurdo, su causa se elevaría ante el concepto de las naciones. Doce millones de pesos eran una suma que no se reuniría como capital de la colonia francesa de Méjico, cuyos miembros apenas pasaban de dos mil, y entre los que se contaban muchos que vivían de su trabajo personal en oficios mecánicos. Los más ricos no se quejaban de daños: habitaban en las ciudades que no experimentaban los efectos de las violencias cometidas por los beligerantes. Podía reducirse, pues, á un centenar el número de las víctimas supuestas que, ni como esperanza de un resarcimiento obtenido por malas artes, podían soñar con cien mil pesos por barba. Y á renglón seguido el *ULTIMATUM* francés hablaba del contrato Jecker, exigiendo su cumplimiento textual en toda la extensión de sus estipulaciones criminales.

Lo demás era ya el principio de la intervención. Toda causa instruída por atentados contra súbditos franceses debería sujetarse á la inspección del ministro del emperador; los comisarios instalados en las aduanas para sacar los fondos que se destinaran al pago de reclamaciones, tendrían la facultad de disminuir los derechos aun á menos de la mitad...

Ⓒ Ante esta actitud, era sorprendente por su sencillez y moderación la de los comisarios británicos. Pedían el pago de la deuda convencionada y el reembolso de los seiscientos mil pesos sustraídos por Márquez de la Legación de Inglaterra. Los súbditos de S. M. la Reina no hacían reclamaciones por daños sufridos durante la guerra; no se habían complicado en negocios de piratería diplomática. Como los representantes de la Corona no cubrían con su bandera á los aventureros y agiotistas, el expediente de sus reclamaciones estaba limpio de negocios turbios. El Gobierno inglés, decía Lord Palmerston, no se encargaba de agenciar el pago de créditos de particulares: que éstos se atuvieran á las consecuencias de sus actos, si adelantaban dinero á un Estado extranjero. Bajo esta nitidez de conducta oficial, había una ausencia completa de planes trascendentales, como los de Francia y España. Los intervencionistas mejicanos veían por tal motivo con desprecio á una nación monárquica sin ideales ni espíritu de proselitismo. Política baja, decían con desdén. A lo más que llegaba Inglaterra era á pedir libertad de conciencia para sus súbditos. Política baja de biblias y algodones, diría más tarde Arrangóiz, un mentecato con el genio de la difamación.

Ⓒ España traía á cuestras su tratado Mon-Almonte y el proyecto ginecocrático de su reina, que se obstinaba en que Méjico tuviese también una reina. ¿La duquesa de Montpensier? ¿La condesa de Girgenti? ¿Alguna princesilla dudosamente núbil, injertada en rama segundona de ésta ó la otra casa, fecunda y poco afortunada? Á S. M. C. sólo se le ocurrían planes de éstos, y, con cuatro meses de atraso en sus noticias, daba instrucciones de LEYENDA DORADA, como si no hubiera Napoleones y Maximilianos en el mundo. Esto vino á simplificar la empresa del conde de Reus. Atenido á instrucciones verbales, que se le comunicaron en esta forma por la duplicidad con que obraba el Gabinete de Madrid, pudo hacer cuanto quiso, y pues fracasaba el plan de la reina, hizo cuanto convenía para atender á los intereses de su patria, desligada ya de proyectos insensatos. Sólo aparentemente es paradójica la conducta del general Prim. Por suponerla así, se acude á explicaciones conjeturales, como la ambición de coronarse rey de Méjico, ó el soborno de que se le acusa. Ni la corona ni el dinero bastan á explicar lo que naturalmente se derivaba de la situación. Incomprensible habría sido cualquiera otro camino. ¿Seguir á la zaga de Francia? ¿Empeñarse en la imposible ambición de su soberana? Comenzó por hacer una obra útil á su patria y acabó por hacer una obra gloriosa, de reparación y concordia.

Ⓒ La anticipación con que vinieron los españoles, fué convertida por Prim en un sentido diferente del que se le había señalado. Vino y vió. Supo ver, mérito insigne. Y al quedar convencido de la fuerza moral con que contaba el Gobierno mejicano, de la superioridad incontrovertible en que radicaba esa fuerza y de la ausencia total de elementos para una monarquía, protegida por Francia ó por

España, el héroe de Homero, como le llamaban sus aduladores, resolvió apearse del caballo piafante y entrar en el orden tranquilo de las negociaciones. Sólo un óbice tenía esa conducta. Sus compatriotas, casi en masa, eran enemigos del Gobierno liberal. Mientras franceses é ingleses radicados en Méjico podían considerarse ligados por simpatías é intereses con el partido reformista, los españoles, inveteradamente tradicionalistas, hacían causa común con los reactivos. No era raro ver algún francés combatiendo por la Reforma — como el bravo Aquiles Colin, ayudante del PELÓN Valle — y á este ó al otro inglés apoyándola con su influencia. Pero los españoles formaban parte de la alta burguesía antirreformista y prestaban un poderoso contingente de terror con sus cabecillas Cobos, Cajigas, Iburguren y con cuanto aventurero desocupado del carlismo se situaba en alguna de las asperezas de nuestras montañas para colgar liberales. Ésta fué la parte difícil para Prim. El conde de Reus pasó por entre sus exigentes compatriotas sin dignarse mirarles, y entró en relación caliente y efusiva con los prohombres del grupo liberal. Allí estaban sus parientes, sus amigos, sus simpatías intelectuales. Allí estaba su tío, el ministro de Juárez. Allí estaba su primo, Pepe Echeverría, el calavera de la familia, causa de una de las reclamaciones de Francia, por haber sacudido reciamente la mole de Saligny, para castigar un ultraje del ebrio diplomático. Allí estaba Terán, el sensato ministro que aplacó uno de los frecuentes accesos de cólera del comisario español, sellando amistades con el obsequio de una SILLA VAQUERA para el niño, hijo del general, que no veía la hora de exhibirse en Madrid, vestido de charro. Allí estaba Doblado, en quien Prim había de encontrar, poco después, contactos muy hondos de ambición y de fineza italiana.

Ⓒ El nombramiento de Doblado para la cartera de Relaciones facilitaba todo lo que hubiese de lealmente allanable en las dificultades internacionales. Sir Charles Lennox Wyke señalaba el ingreso de Doblado en el Gabinete de Juárez como un acto de habilidad política que daba al Gobierno el prestigio de diez victorias. Doblado comenzó su gestión escribiendo al representante de Inglaterra que el Gobierno tenía facultades para tratar y que lo haría en términos que diesen garantías de cumplimiento fiel de las obligaciones que se contrajesen. Si Wyke no entró desde luego en negociaciones fué porque ya sabía que estaba tramitándose una convención para intervenir en Méjico. Por lo demás, veía esto «como una intervención benéfica para el país», siempre que se hiciese con prudencia, pues «las medidas violentas echarían todo á perder, comprometiendo á las potencias en una empresa cuyas dificultades apenas podrían estimarse». Así pensaba el cauto ministro de Inglaterra en uno de los últimos días de diciembre del 61. Así pensaban los comandantes naval y militar de las fuerzas españolas, hombres de prudencia y discreción, justos y conciliadores, según el mismo Wyke. Este dato es capital. Cuando Prim desembarcó, la opinión para el concierto anglo-español estaba ya formada, y á Wyke, Ruvalcaba y Gasset debió Méjico, tanto por lo menos como á Prim, el carácter pacífico de las negociaciones. Y á Doblado también, por el concepto que de sus méritos tenía formado Wyke.

Ⓒ Todas las conferencias de los comisionados giraban en torno de esta idea ini-